

Empatía con los murciélagos

Sombras en la noche

José Gordon



Así llama a los murciélagos la escritora Diane Ackerman en el libro *Luna bajo la luz de las ballenas*. En medio de la noche, los murciélagos viven en un mundo de ecos que les permite navegar en las tinieblas. Mediante un sistema de gritos en altas frecuencias (fuera del rango del oído humano) que rebotan con los objetos, perciben con gran precisión su tamaño, forma, movimiento y distancia a la que se encuentran.

¿Cómo se “ve” el mundo a través de un sistema auditivo? Es muy difícil de imaginar para los seres humanos. El filósofo Thomas Nagel se planteó esa pregunta en un célebre ensayo, publicado en 1974, que podría traducirse como: *Qué se siente ser murciélago*. Nagel se pregunta si podemos extrapolar la vida interna de los murciélagos a partir de nuestra propia experiencia. Nuestros ejercicios de imaginación permiten pensar cómo seríamos si nos comportáramos de la manera en que lo hacen los murciélagos. Sin embargo, esa no es la pregunta que propone Nagel. Dice el filósofo:

“Lo que yo quiero saber es qué se siente ser murciélago para un murciélago. Si yo trato de imaginar esta situación, estoy restringido a los recursos de mi propia mente, y estos son inadecuados para esa tarea”.

Nagel señala con humor que al observar murciélagos estamos en la misma posición que tendrían unos murciélagos inteligentes o los marcianos para tratar de tener un concepto de lo que se siente ser humano. No obstante, aunque sea en términos humanos, no dejamos de imaginar lo que pueden “ver” las sombras en la noche.

El escritor Yuval Harari se asombra ante la forma en que los murciélagos detectan e interpretan sonidos con los que elaboran una “imagen” del mundo. Esa percepción es tan detallada y precisa, dice Harari, que los murciélagos “pueden volar rápidamente entre árboles y edificios, perseguir y capturar polillas y mosquitos, y eludir continuamente a lechuzas y otros depredadores”.

De manera parecida a la que tenemos nosotros para ver objetos de una forma y

un color peculiares, los murciélagos perciben cada objeto con una pauta de ecos. Harari señala que pueden discernir entre polillas comestibles y venenosas con tan sólo los ecos que devuelven sus delgadas alas (manos). Un dato interesante en este contexto: algunas especies de polillas se protegen mediante una pauta de ecos similar al de las venenosas. Se trata de un sonoro engaño.

Es casi imposible imaginar qué se siente ser murciélago. Harari plantea la dimensión del problema: “Intentar explicar a un *sapiens* qué se siente al ecolocar a una mariposa es probablemente tan inútil como explicar a un topo ciego la sensación de contemplar un Caravaggio”.

Dicho sea de paso, también es muy difícil explicar cómo se siente ser Mozart, tratar de percibir qué matices escucha en los “objetos” musicales. No obstante, hay extraños momentos en los que saltamos los límites y experimentamos empatía ahora sí que literalmente por el otro, incluso por otra especie. Nachum Ulanovsky, neurobiólogo del Instituto Weizmann, investigador de los mapas cerebrales de los murciélagos, me habló de la empatía que se puede lograr con estos maravillosos animales. Una de sus estudiantes de posgrado entrenaba en un laboratorio a varios murciélagos en tareas complejas. Sentía un afecto particular por uno de ellos. Después de un laborioso día, se recostó boca arriba para descansar un poco con los brazos extendidos. Entonces “su” murciélago voló hacia ella, aterrizó en su vientre y se volteó boca arriba con las alas (manos) extendidas en la misma posición.

Me quedo con esta imagen para desear a los lectores de la *Revista de la Universidad de México* felices fiestas. **U**